

Versaciones de un chupaplumas

“Pero de qué servirá que yo abunde en detalles si tú estás del todo decidido a en modo alguno recordar”;



formulé, sin poder precisar — no ya ahora recordando frente al espejo del baño mientras me afeito sino entonces, sobre la marcha y en el lugar de los hechos — si la pregunta la estaba dirigiendo a él o a mí mismo en una especie de soliloquio que nunca pretendí se asemejara, ni aun de lejos, al de Segismundo o al de Hamlet y que entiendo, con toda facilidad y de inmediato, que se la debía de estar haciendo a él porque, y me parece perfectamente lógico, si me hubiera afeitado alguna vez frente al espejo del baño de la cafetería lo recordaría como un acto inusual y motivado por alguna circunstancia

extraordinaria de esas que no se olvidan y, yo, por más memoria que hago, no recuerdo haber estado nunca encerrado en una torre ni tenido intención de matar a mi tío Claudio porque, de eso sí me acuerdo, el único hermano que tuvo mi padre se llamaba de otra manera, y mi madre sólo había tenido una hermana con la que, por cierto y ahora que no sé por qué me ha venido a la cabeza, tenemos poquísimo trato, no por tipo ninguno de enemistad entre mi madre y ella, de esas que suelen darse por causa de herencias y cosas de ese estilo, sino por la distancia y el tiempo que hace que se casó con un americano y se marchó a vivir a Pasadena.